



BUQUES ESPAÑOLES DESCUBRIENDO NUEVAS TIERRAS  
(Grabado del siglo XVI).

cia de que un navegante misterioso y algo falto de razón, que tras largo importunar á la reina y á sus validos había salido de un mísero puerto de Andalucía con tres carabelas, casi ignorado por la indiferencia pública, acababa de volver, habiendo encontrado tierras nuevas al otro lado del misterioso Océano.

Colón, al atravesar una parte de España, desde Palos á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes, cambió el curso del pensamiento nacional. Repicaban á su paso las campanas de los pueblos; los castillos le saludaban con salvas de artillería; salían las autoridades de los municipios revestidas de sus togas y gramallas á cumplimentarle con graves discursos en medio del camino; corrían las gentes, dejando abandonados los campos, para ver al prodigioso varón que avanzaba modestamente, vestido de color de hábito franciscano, con la cuerda al talle, en cumplimiento de una promesa religiosa. La muchedumbre no admiraba tanto el héroe como las baratijas de oro que traía del país de misterio. Además sentía deslumbramientos de asombro ante las plumas multicolores, las aves raras y los hombres de extraña tez y lacia cabellera que seguían al navegante, temblando sus miembros cobrizos y desnudos, habituados á otras temperaturas, bajo el abrigo de las mantas.

Los futuros guerreros de Africa, los acuchilladores de moros, fruncieron el ceño pensativos y desconcertados al contemplar este desfile. . . ¡Existían otras tierras! ¡Las tierras del oro! ¿No sería mejor ir en su busca?

Los niños á quienes mostraban las madres esta procesión de gloria, más decisiva para la suerte de la humanidad que los cortejos de los generales de Alejandro y los triunfos de los

siglos antes. La conquista de Marruecos y la penetración hasta las entrañas del continente negro eran empresa decidida.

Hasta la reina Isabel mostraba entusiasmo por este proyecto á impulsos de su fervor religioso. Había que llevar el Evangelio, espada en mano, á los pueblos de África, como éstos habían traído el Korán al suelo español sobre el curvo filo de su cimitarra. Los guerreros sin ocupación, los héroes en huelga forzosa, apoyaban tales propósitos. ¡Á los campos de África, á cualquiera parte donde se diesen y se recibieran golpes, conquistándose riquezas con la punta de la lanza! . . . El rey Católico sostenía guerras en Nápoles, pero éstas iban acompañadas de frecuentes treguas, y la ordenada estrategia del Gran Capitán no gustaba á los aventureros, ansiosos de poner en práctica sus iniciativas, libremente.

Pero cuando todas las miradas iban hacia África, corrió la noticia

Cónsules en el Foro á la vuelta de Asia, sintieron nacer en aquel instante la gran vocación histórica que duró siglos y pobló todo un mundo.

¡Serían conquistadores! ¡Irían á las Indias! . . .

Y las naves de Castilla fueron desde entonces escasas y pequeñas para contener tanto aventurero como se presentaba pidiendo embarque, con la espada al hombro y pendiente de su empuñadura un atado de ropa por todo equipaje. Eran extremeños duros, andaluces fantaseadores, castellanos avellanados y graves, gallegos y asturianos briosos y acometedores, vascos mareantes acostumbrados á luchar con las olas y á dar caza á las ballenas; todo un ejército de Quijotes en busca de su Dulcinea, que era la gloria; de ávidos Sanchos, que soñaban con la ínsula del oro.

\* \* \*

La cultura española del siglo XV indicaba también á este pueblo para la realización de la gran empresa.

«Los marinos españoles — dice el gran Humboldt al reseñar el descubrimiento — eran para la época en que vivieron hombres notables por su instrucción. Hicieron importantes descubrimientos porque tenían ideas exactas de la figura de la Tierra y de la longitud de las distancias por recorrer, porque sabían discutir los trabajos de sus antepasados, observar los vientos reinantes de las diversas zonas, medir la variación de la aguja magnética para corregir su ruta y lo largo del camino, y poner en práctica los métodos menos imperfectos que los geómetras

de entonces proponían para dirigir un barco en la soledad de los mares. Desde aquella época encontramos métodos de navegación casi iguales á los nuestros, aunque más penosos.»

Los navegantes de España y Portugal, familiarizados con el manejo de la brújula por su contacto con los árabes, pudieron arriesgarse en la inmensidad del Océano mejor que otros marinos de Europa. Además, la situación de sus costas parecía empujarlos hacia el misterio del Atlántico. Españoles y portugueses fueron tomando posesión, como exploradores avanzados de la cultura europea, de todos los archipiélagos perdidos en la soledad oceánica, y de la costa occidental de África.

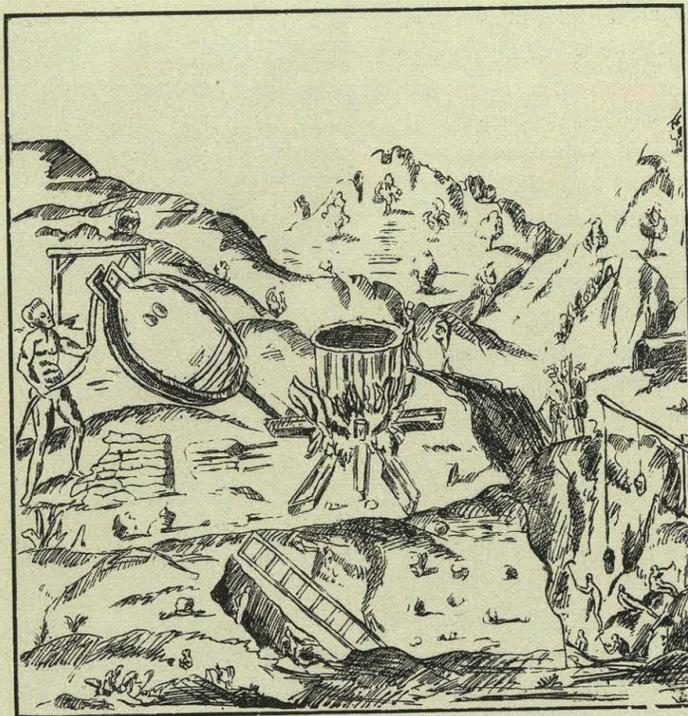
Los mareantes avvicindados en las Azores, lugar el más extremo del mundo conocido, creían ver todas las tardes, á la hora en que se pone el sol, la misteriosa tierra de Antilia en el contorno de las nubes que se amontonaban en el horizonte. Sobre las cubiertas de carabelas y carracas los marinos andaluces en-



UN EMBARQUE DE ESPAÑOLES (De un libro del siglo XVI).



INDÍGENAS RECIBIENDO Á UNA ESCUADRA ESPAÑOLA  
(De un libro del siglo XVI).



EXPLORACIÓN DE MINAS DE PLATA EN LAS INDIAS OCCIDENTALES  
(Grabado del siglo XVI).

ca, se vió arrebatado por una tormenta hasta dar con las riberas del Brasil. La casualidad hubiera descubierto de todos modos el Nuevo Mundo, á no haberlo hecho poco antes la monarquía española.

Desde el día en que el mareante ibérico, fiado en la brújula y en sus conocimientos superiores, se lanzó mar adentro, el hallazgo de nuevas tierras era un suceso inevitable.

Además, los navegantes españoles se distinguían como los marinos menos rutinarios y más propicios á adoptar toda invención ó descubrimiento. Los primeros mapa-mundi se trazaron por cartógrafos de Cataluña y Mallorca. En la escuela de náutica de la corte de Portugal, país de reyes aficionados á la navegación, los mejores maestros eran mallorquines. La astronomía enseñábase como materia aparte de la fe religiosa, libertad que desapareció un siglo después. En las aulas de Salamanca se admitía y explicaba libremente el sistema de Copérnico, á la misma hora en que la Inquisición de otros países intentaba perseguir al gran astrónomo.

A esta cultura de los navegantes uníase la de las gentes superiores que ayudaron las empresas del descubrimiento. La reina Isabel conocía todas las doctrinas científicas é idiomas sabios de su época. Daba protección á los hombres de estudios de la Península y hacía venir de Italia los maestros de más fama para que educaran á sus hijos y explicasen en las aulas de Salamanca. Damas de palacio eran al mismo tiempo catedráticas en la Universidad, y una de ellas recibía el apodo de *la Latina* por sus vastos conocimientos en letras clásicas. Rudos hombres de guerra, que formaban el grupo militar de la corte, tenían que dedicarse al estudio, próximos ya á la ancianidad, para agradar con ello á la reina y no hacer mal papel entre los palaciegos. Hubo héroe de las guerras de Granada que á los sesenta años empezó á aprender el latín.

tretenían sus veladas fantaseando acerca de los pueblos que indudablemente existían al otro lado del Océano.

La exploración de las costas africanas aproximó el Nuevo Mundo, preparando su descubrimiento como una consecuencia de los adelantos marítimos de la Península. Aunque Colón hubiese desistido de su empresa, no por esto habría terminado el siglo XV sin que la Península sacara de su misterio las tierras de Ultramar. Siete años después del descubrimiento de las Antillas, el portugués Cabral, que seguía las costas africanas con ruta á la India asiática,

El cardenal Jiménez de Cisneros vivía con una pobreza franciscana, para dedicar sus ahorros á la construcción y mantenimiento de la famosa Universidad de Alcalá. Al volver triunfador de sus conquistas de África, con la coraza sobre la púrpura sotana, hizo desfilar las tropas, los cautivos árabes y negros, y las teorías de camellos que llevaban sobre sus gibas el rico botín de vasos de oro, tapices y pebeteros, por los claustros de la gran escuela complutense, como un homenaje de las armas á las letras.

Algunos señores de provincias dejaban á sus familias casi en la indigencia para invertir los bienes en la fundación de universidades privadas. Cuatro siglos antes que los archimillonarios de la América del Norte dedicaran su fortuna á bibliotecas, universidades y escuelas, ya hacían esto los potentados de la culta España de los descubrimientos.



CHOZA DE INDÍGENAS (De un libro del siglo XVI).

\* \* \*

La literatura influyó también considerablemente en la raza de los conquistadores. Los años cercanos al descubrimiento fueron la grande época de las lecturas heroicas. Los romances de caballerías, las novelas de aventuras prodigiosas circulaban de mano en mano. *Amadís de Gaula* era el libro más popular de la Península. Las hazañas de *Palmerín* y de *Tirante el Blanco* inflamaban las imaginaciones. Muy pocos eran los que no habían leído los altos hechos de estos superhombres imaginarios, ó habían escuchado su relato oral en las marchas y en las veladas de campamento.

Largos años de familiaridad con tales historias, disparatadas y sublimes, habían elevado el espíritu de estos hombres que consideraban las armas como el solo arreo digno, y el pelear como el único descanso noble.

Muchos de los que se extasiaban leyendo el *Amadís* tenían coraza sobre el pecho y tizona al cinto. Una noble envidia, una levantada emulación apoderábase de ellos al enterarse de que «el caballero de la ardiente espada», con sólo un revés de su acero partía por el talle á cien gigantes desahorados y fanfarrones, ó ponía en fuga con los botes de su lanza á un inmenso ejército de mandrines y salvajes, para libertar á varias princesas cautivas, ó hacía pedazos un espantable dragón, que guardaba bajo su panza fabulosos tesoros.

— Lo mismo haría yo — pensaba el español cerrando el libro. — Iguales hazañas realizaría de presentarse ocasión oportuna. Pero, ¿adónde ir? ¿Cómo llegar á las ínsulas y tierras de encantamiento donde los esforzados caballeros pueden encontrar tales aventuras? . . .

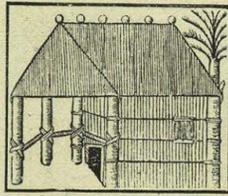
Y los entusiastas, que día por día dábanse un atracón en libros y cuentos de valor desaforado y



UN PAISAJE DEL NUEVO MUNDO  
(De un libro del siglo XVI).



GALEONES ESPAÑOLES (De un grabado antiguo).



UNA CASA COLONIAL EN TIEM-  
POS DEL DESCUBRIMIENTO  
(De un libro del siglo XVI).

loco aventurerismo, temblaron de emoción al escuchar el relato de los descubrimientos y conquistas al otro lado del mar.

Los que volvían de allá, adornado el casco con extrañas plumas, hablando de ejércitos de miles y miles de salvajes desnudos que peleaban como fieras, y mostrando, cual deslumbrantes amuletos, pedazos de oro nativo, acabaron de caldear las imaginaciones. ¡Luego eran ciertas las novelas de caballerías!... ¡Había en el mundo tierras ignotas, donde un paladín esforzado podía crearse un reino!...

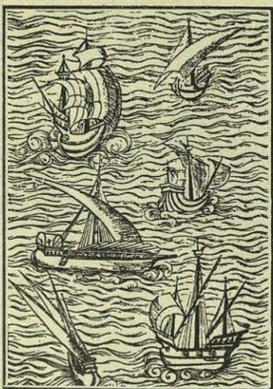
La juventud entusiasta y romancesca corrió á llenar con sus armas y sus ilusiones las naves que partían de Sevilla y Cádiz para el Nuevo Mundo. Las primeras carabelas sólo habían recibido en sus cubiertas pobres aventureros, gentes oscuras. Las expediciones que las siguieron, años después, llevaban hijos de ricas familias, segundones de glorioso apellido, estudiantes de atropellada imaginación, una juventud ansiosa de gloria que volvía la espalda á los campos de batalla de Europa y á los ejércitos disciplinados, buscando mayor espacio á sus hazañas en un mundo virgen.

Y empezó la gran epopeya de «los navegantes de tierra firme», más heroica y dolorosa que la de los navegantes del mar. Grupos de hombres armados, sin más guía que el consejo mentiroso del indígena ó el lejano eco de la tradición, vagaron casi á ciegas desde la Florida á la Patagonia, y de las colinas del Callao y Valparaíso á la embocadura del Amazonas. Eran antiguos lectores de libros de caballerías, perpetuamente engañados por la noble embriaguez imaginativa, viendo todas las cosas de diferente especie y tamaño, como el sublime hidalgo manchego.

Hombres equilibrados y vulgares, poseedores de una visión ordinaria, no hubieran podido seguir adelante. Lo horrible de la realidad les habría hecho retroceder ó tenderse en el suelo sin esperanza. Pero la ilusión, sirena encantadora de nuestra vida, que nos enardece con su voz en los malos pasos, dándonos fuerzas para seguir adelante, nadaba en el aire, junto á estos locos heroicos, y cantaba en sus oídos la canción de la eterna esperanza así que los veía próximos á desfallecer.

Las antiguas lecturas, al ser recordadas, alegraban con bellos colores la negra opacidad del presente. En las áridas altiplanicies de la Puna, cuando marchaban casi arrastrándose, próximos á morir de hambre, de sed y de frío, una ficción imaginativa les daba fuerzas, pasando por su mente como un relámpago. Tal vez al salvar la próxima altura verían aparecer, en medio de la repelente soledad, un valle frondoso de mágicos frutos, cobijando palacios chapados de oro... ¿Por qué no? Cosas más portentosas habían encontrado otros caballeros en tierras de misterio. Y tirando del cinturón para correrlo unos cuantos puntos, acallaban de este modo el estómago hambriento y seguían adelante, con el arcabuz al hombro, el talle gentil y la ilusión revoloteante ante los ojos.

En los profundos valles tropicales, de asfixiadora calma, creían encontrar tesoros. El oro era, según las ideas de la época, un rayo de sol cristalizado por la tierra ardiente. ¿Dónde encontrar mejores veneros que en aquellas oquedades de infierno?... Otras



NAVES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV  
(De un mapa de la época).



UN PAISAJE ANTIGUO DE LAS INDIAS OCCIDENTALES (De un libro del siglo XVI).

veces se metían en pantanos infinitos, hundiéndose en el légamo con la pesadez de sus armaduras, teniendo que chapotear cual hipopótamos de acero sobre este fango de siglos. Caminaban semanas enteras por la llanura líquida. Dormían sobre un montón de troncos flotantes, teniendo que espantar en mitad del sueño la vecindad, demasiado próxima, de los cocodrilos. A la hora de la comida, encendían fuego trabajosamente sobre un trípode de ramas y devoraban la carne mal cocida con el agua más arriba del pecho.

Bastaba un mal paso para desaparecer. La grosera alimentación y las calenturas hacían de ellos feroces espectros enfundados en sudarios de hierro. La desgracia y la voluntad de vivir los tornaban crueles y sin misericordia. En su marcha por el pantano, no sólo habían de precaverse de las invisibles hondonadas, de las mandíbulas de los saurios y los colmillos de los reptiles. El guía, el compañero, el indio que marchaba tras ellos, era un enigma inquietante. Imposible adivinar la verdad en la mueca sonriente de su máscara cobriza. Á veces, cuando más descuidado caminaba el hombre invencible, el hombre de acero, los indígenas caían sobre él, lo enlazaban con sus fuertes brazos y se chapuzaban en el pantano como un racimo de miembros palpitantes, resignados á morir á cambio de ahogar al blanco.

El aventurero que se libraba de tales asechanzas seguía adelante, familiarizado con el peligro, la muerte y los sufrimientos, viendo en todo ello algo inevitable que servía como de triste prólogo á la gloria y la riqueza... ¿Quién podía adivinar los prodigios que le aguardaban!... Al final de la charca inmunda, encontraría la ciudad encantada, de techos de plata, con un monarca, poseedor de montones de esmeraldas y diamantes, que acabaría por darle su hija más hermosa y todas sus riquezas. Tal vez le cortase el paso algún dragón de siete cabezas estornudando llamas; pero él se encargaba de rajarlo con la buena espada de Toledo y la ayuda de su patrón el Señor Apóstol Santiago.